

LA CANTATA DEL SEGUNDO MILENIO

POESÍA ORIGINAL: MANUEL GAHETE
SELECCIÓN DE TEMAS Y MÚSICA ORIGINAL: LUIS BEDMAR

PRESENTACIÓN:
(Real Academia, 1-2-2001)

A principios del año 2000, Luis Bedmar, a quien nunca agradeceré suficientemente esta confianza, me propone la elaboración de una serie de textos poéticos con una dirección precisa: dar forma a una cantata que resuma, según mi particular visión, las circunstancias capitales de cada uno de los siglos que componen el II Milenio de la Historia de la Humanidad.

Me parece una ambiciosa idea a la que me anima, facilitándome un CD con grabaciones musicales que escucho con atención dejando que poco a poco vayan calando en mi oído y en mi ánimo. La audición de estos temas va despertando sensaciones, intuiciones e ideas. Al ritmo se van asociando los hechos de la historia y del pensamiento que de alguna manera –y atendiendo a mi propia perspectiva- marcaron cada época. El modo de versificar influye asimismo para dar sentido finalmente a cada uno de los asuntos que conformarán la obra.

Para el siglo XI escojo y entremezclo dos composiciones modélicas de la lírica primitiva, el zéjel y el villancico. El zéjel, estrofa derivada de la moaxaja y muy apropiada para el canto coral, se inicia –aunque abundan los zéjeles acéfalos- con un estribillo compuesto por dos versos breves sin rima al que sigue la mudanza y el verso de vuelta. Aunque sin esquema fijo, el villancico, procedente de la composición árabe andaluza o simultánea a ésta, –las opiniones siguen enfrentadas- es la manifestación más antigua y sencilla de la lírica popular castellana. El estribillo se integra en cada estrofa como parte esencial y a la vez actúa de engranaje entre ellas. El tema de la composición incide en el nacimiento de un nuevo milenio y la inquietud aún no superada del azaroso destino. Las cruzadas contra la dominación islámica y el estilo románico marcan este primer siglo del II Milenio.

Clérigos y monjes serán los colectores y transmisores de la ciencia y de la cultura en la Alta Edad Media. Para el siglo XII, y por las limitaciones temporales que exige esta cronología, avanzo una estrofa que alcanza su apogeo en el siglo siguiente con Gonzalo de Berceo (cuyo nacimiento situamos a finales del siglo XII). Se trata de la cuaderna vía, compuesta por cuatro versos alejandrinos monorrimos y aconsonantados en la que se compusieron el *Libro de Alexandre*, el *Libro de Apolonio*, el *Poema de Fernán González*, los *Milagros de Nuestra Señora* y el *Libro de Buen Amor*, que ya había comenzado a utilizarse en Francia en el siglo XII, según Menéndez Pidal afirma. Una composición de carácter épico o épico-lírico, con claros valores de exaltación hímica

que muestran el sentimiento teocéntrico del hombre medieval, a pesar de sus enormes contradicciones.

Memoria del siglo XIII es esta glosa de inspiración mariana. El texto sobre el que se construye la estrofa pertenece a las Cantigas de Loor de Santa María de Alfonso X el Sabio. El rey poeta nos dice “Esta é de loor de Santa Maria, com´ é fremosa e bôa e á gran poder”. El estribillo de esta cantiga “Rosa das rosas e Fror das frores/ Dona das donas, Señor das sennores” actúa como eje. Desde el siglo XV, estas formas estróficas que comentan o amplifican un texto breve ya escrito inician un elocuente ascenso hasta el Barroco, decayendo después su uso que fue imitado por los poetas alemanes y franceses del siglo XVII. Ejemplos recientes lo constituyen la *Glosa a Villamediana* de Gerardo Diego y la *Glosa contemporánea a Góngora*, de quien escribe estas anotaciones: en ambos casos se trata de un soneto glosado en catorce sonetos. Las graves epidemias que asolaron el siglo y el majestuoso estilo gótico quedan engarzados en la loa mariana, como protectora de aquéllas e inspiradora de éste.

Junto a los textos del mester de clerecía, las canciones populares en torno a temas amorosos, con tintes sensuales e incluso frívolos, marcan esta época. La lírica popular prende con verdadera fuerza en los ambientes palaciegos y los Cancioneros cortesés de la época dan buena muestra de su arraigo que no pierde la libertad expresiva y contrasta vivamente con el inquisitivo poder de ciertos estamentos religiosos y políticos empecinados en aniquilar cualquier amago de liviandad y herejía. El éxito de estos Cancioneros, que en el siglo siguiente van a adquirir tonos extremos de alambicamiento y artificiosidad, muestra sin duda el inicio de una nueva mentalidad que ya presagia el Renacimiento.

Para el siglo XV he preservado la estructura de las Cantigas galaico-portuguesas que perviven en los Cancioneros y hallan en estos últimos trovadores expresiones de verdadera calidad. Tanto el Códice Vaticano, de fines del siglo XV como el de Colocci-Brancuti, contemporáneo de éste, y el Cancionero de Ajuda, texto manuscrito del siglo XIII, conforman una especial manera de concebir el mundo y expresar los sentimientos. La temática responde a uno de los grandes hitos de este siglo: los descubrimientos. El amigo que se aleja y cuya ausencia se añora queda en este texto trasladado al conquistador y al aventurero. América y el Nuevo Mundo marcarán el inicio de la Edad Moderna, un reto singular y desconocido al que se enfrenta el ser humano en el meridiano del milenio.

El siglo XVI viene delimitado asimismo por la expansión colonial de España. Esta ambición histórica provoca situaciones de injusticia y prepotencia que marcan nuestra decadencia imperial y la crisis del barroco. Un verdadero alarde de arte, literatura y ciencia hallamos en este siglo álgido que ha cerrado un capítulo crítico de la historia inaugurando otro de idénticas dimensiones. El pareado de arte mayor eleva a solemne el tono del poema que la asonancia contrarresta, transmitiendo al texto frescura y agilidad.

El siglo XVII es probablemente uno de los más fructíferos y contradictorios de nuestra historia. Empapado por el espíritu de la Contrarreforma, ya se advierten las profundas heridas del abatimiento espiritual y político de una época en la que el ser humano comienza a interrogarse. El antropocentrismo en el arte y las ciencias en plena ebullición provocan sentimientos muy dispares que, en extrema consecuencia, arrastran al pesimismo, la ironía y la indolencia. La pesarosa gravedad del pensamiento contrasta con la aparente frivolidad de algunas manifestaciones. La seguidilla popular permite aligerar la enorme carga conceptual y filosófica de un siglo en crisis.

El siglo XVIII impone sus racionales leyes, eliminando de cuajo todas las ataduras ideológicas. Se proclaman la libertad y la razón naturales. La luz del positivismo sustituye

todas las viejas voces. El enciclopedismo y la ilustración imponen sus registros ajenos a los antiguos dogmas. Los privilegios regalistas quedan subordinados al sufragio del pueblo. Una nueva época comienza a imponer sus directrices. En el arte se retoman los presupuestos clásicos. Las poéticas literarias ponen freno a la imaginación del artista en un fatuo movimiento de restaurar la verdad poética. Este canon estricto empobrece la creación siendo el romance la estrofa preferida que, en pro de la utilidad, ha confundido el buen gusto con la constricción de la belleza.

En plena Edad Contemporánea, las ideas que sustentaron órdenes, estados y creencias, no sometidas ya a férreas convicciones, se tambalean ante las nuevas realidades. El hombre ha de soportar que su mundo no es más que un corpúsculo en el universo; que su ascendencia divina no tiene otro fundamento que la fe ni más valimiento que el lenguaje de las tradiciones; y en último extremo que ni siquiera es capaz de controlar las riendas de sus propias emociones. El hombre comienza a calibrar entonces la posibilidad de otras potencialidades. Los misterios, cuanto más cercanos, son más inaccesibles; más insondables, cuanto más clarividentes. El contraste se advierte en la forma del texto: Un estribillo básico compuesto por una seguidilla va introduciendo los serventesios asonantados. Arte menor y mayor marcan expresamente la debilidad y la virtualidad que se vislumbra y se atestigua en los seres humanos.

El siglo XX, sin duda, ha desbordado todas las previsiones. La agilidad de los versos de arte menor viene a recordarnos la rápida evolución de los acontecimientos en este último siglo donde hipótesis y tesis se superponen casi simultáneamente. Este precipitado vértigo no libera al hombre de sus profundas interrogantes y quimeras. Un siglo acaba, pero el nuevo siglo viene con toda su fuerza y su magia a deslumbrarnos. La música del infatigable y enérgico Luis Bedmar, a quien ciertamente esta Cantata debe su existencia, y los cantores de la orquesta "Ramón Medina" de Córdoba sabrán mejor que yo mismo transmitir la intuición de los significados y la intensidad de la palabra.

Siglo XI.-

Ut queant laxis (2:15)

Siglo que viene a la vida
¿cómo su imagen será?

Si alumbra una nueva estrella
con lenguas de primavera,
sobre alcores y quimeras
un sol de oro levará.

Siglo que viene a la vida,
ya pronto amanecerá.

Acimut de cielo y tierra,
cruzada de amor y muerte,
buril románico muerde
el corazón de la piedra
con ansia de eternidad.

Siglo que viene a la vida
herido de soledad.

Siglo XII.-**Dum pater familias (4:08)**

En el nombre del Padre, creador del Universo,
 en quien todo se funda: el envés y el anverso;
 a quien todo se rinde, incluso el mal adverso,
 canta mi voz y surte la fuente de mi verso.

En el nombre del Padre, Poderoso Señor,
 elevamos a ciencia el placer y el dolor,
 el placer por la vida de la que eres Autor,
 y por tu cruz, Amigo, nuestra cruz de dolor.

En el nombre del Padre, Dios del Cielo y la tierra,
 forjador de los pueblos en la paz y en la guerra,
 oriente y occidente, quien la luz abre y cierra
 en el llano, en el monte, en el valle, en la sierra.

En el nombre del Padre de todo lo creado,
 tierras, mares, oteros, el confín ignorado,
 proclamamos tu gloria como bien deseado
 y tu fe que arrebató los sentidos, Amado.

En el nombre de Padre, bienhechor de los hombres,
 no nos dejes errados por mucho que te asombres
 de nuestras flacas fuerzas que pedimos que escombres,
 nombre bendito y santo entre todos los nombres.

Siglo XIII**Cantiga 1 de Martín Códax (3:37)**

*Rosa de las rosas y Flor de las flores,
 Dueña de las dueñas, Señor de señores.*

Palomica blanca, de la noche, lumbre;
 de la tierra, lluvia; del líquido, azumbre;
 del venero, el oro; del camino, cumbre,
 Virgen de los gozos y de los dolores.
*Rosa de las rosas y Flor de las flores,
 Dueña de las dueñas, Señor de señores.*

Espejo del alba, cábala del cielo,
 carbón en la nieve, brasa sobre el hielo;
 en la sed, el agua; el ala, en el vuelo;
 alfonsí cantiga de sabios loores.
*Rosa de las rosas y Flor de las flores,
 Dueña de las dueñas, Señor de señores.*

Tenaz enemiga de la negra peste.
 Creadora de auroras con su blanca veste.
 Reina sobre el orbe, del este al oeste.
 Musa de los salmos, eco de clamores.
Rosa de las rosas y Flor de las flores,
Dueña de las dueñas, Señor de señores.

A tus pies se elevan manos ojivales,
 sus dedos escriben en las catedrales,
 con trezados himnos, oraciones graves
 y plegarias leves de amenos sabores.
Rosa de las rosas y Flor de las flores,
Dueña de las dueñas, Señor de señores.

Siglo XIV

Dies Irae. Tomás Decelano + 1320 (3:26)

Quien de amor se rinde a la vida vana
 y en el cuerpo halla toda su alegría
 no olvide que el tiempo las flores desgrana
 como el rojo fuego el claror del día.

¡Ah, que bien quisiera poderlas cortar
 esas flores, madre, antes de casar!

No te dejes, niña, el cabello suelto
 que viene el amigo
 con el sayo abierto
 a bailar contigo,
 no a verte bailar.

¡Ah, que bien quisiera poderlas cortar
 esas flores, madre, antes de casar!

Madre, que me cobra muy dura soldada
 el dolor de verme mocita y amada
 y apenas me deja la vida anhelar.
 ¡Ah, que bien quisiera poderlas cortar
 esas flores, madre, antes de casar!

A fe que no puedo, madre, desprenderme
 de esta pena clara, de este clavo leve
 que el amor taimado me obliga a llevar.
 ¡Ah, que bien quisiera poderlas cortar
 esas flores, madre, antes de casar!

Siglo XV**Pínguele (Triana) C/ Colombina (3:35)**

¿A dónde vienes, amigo, reflejado en los espejos?
 ¿De dónde vienes amado, espejado de reflejos?
 ¿Y el mar cuándo acabará?

De buscar viene mi lengua con un acento que arde
 estas tierras olvidadas donde relumbra la tarde
 y tan intenso es el mar.

¿A dónde vienes, amigo, por el sendero del aire?
 ¿De dónde vienes, amado, enardecido al desgairé
 sin saber a dónde vas?

A sanar estas heridas del negror y de la muerte
 porque los hombre olvidan la mudanza de la suerte
 y lo inmenso que es el mar.

Que Dios preserve tus manos hechas para la alegría,
 para el amor, para el arte. Ajenas a la agonía.
 ¡El mar no tiene final!

Peregrino amado, amigo, que Dios refrene tu fuego
 de tan crecido fulgor. ¡Cuanto más mares navego
 más grande es la inmensidad!

Siglo XVI**De los álamos vengo (Juan Vásquez) (1:52)**

Allende las orillas el aire se renueva
 con banderas de sangre, con pleamares de lenguas.

Y se cierne una lluvia de palabras prohibidas
 sobre todos los labios maculados de heridas.

Contra la negra piedra del necio vasallaje
 surten picas y escarpías que los muros abaten.

Y un renovado cielo de cristales barrocos
 se derrama en las ascuas de un desierto sonoro.

Celos, contradicciones, arrebatos, renunciás.
 Logros, aspiraciones, hallazgos, luz y música.

El límite del mundo crece en un hondo espejo
 donde vierte la ciencia el oro de los sueños.

Caen cetros y tiaras, surgen mundos y estrellas.
 Del fondo de los mares, un dios se manifiesta.

La libertad se siente pungiendo en la garganta
con un sabor confuso de quimera y nostalgia.

Con buriles de bronce se esculpen las ideas
y allende las orillas el aire se renueva.

Un antiguo cansancio con su largo gemido
se disuelve en el eco gigante de otros himnos.

Siglo XVII

Seguidilla en eco (Anónimo) (1:29)

En la noche del tiempo,
cómo te sientes,
hombre débil en ansias
y en ansias fuerte.

Deja que llegue el alba,
deja que llegue
con sus alas de gules
en campo verde.

Al clamor de la vida
y de la muerte
dime dueño del mundo
cómo te sientes.

Toda la ciencia bulle
sobre tus sienas.
No pueden refrenarla
orden ni leyes.

Astros, lunas y estrellas,
a tus pies crecen,
y universo es tu cuerpo
de rosas fértiles.

La luz arde en tus manos
libres e indemnes,
dime dueño del mundo
cómo te sientes.

Siglo XVIII

Gran canción de peregrinos (3:28)

Rojas sendas recorre,
sin vínculos, sin alas,
el deseo del hombre
de ser libre por nada.

Libre sea cual fuera
su linaje y su raza.
Libre como son libres
los pájaros y el agua.

Con un acento acorde
de dolor en el alma
el grito se destrenza
en pétalos de escarcha.

Y las sombras se funden
bajo una luz de plata
cuya luz invisible
penetra en la mirada.

Es el tiempo preciso
de volar entre llamas,
de alcanzar el espacio,
de negarse a la rabia.

La libertad, conquista
del clavel y la espada,
inaugura un incendio
de revueltas palabras.

Y en el nombre del hombre
la libertad se gana
con la paz en los labios,
con la paz en el alma.

Siglo XIX

Son cincuenta peregrinos (3:16)

Todos los ejes giran como veletas
porque el mundo renueva sus viejas voces,
y es que ya poco queda de lo que fueran
los pilares, los dogmas y las razones.

A la vuelta del tiempo
quién no se acuerda
de que suenan clamores
aún sin respuesta.

Los astros giran lentos, caen sus lágrimas
sobre el lecho de piedras de la memoria
que retiene los ecos de aquella causa
que en el fuego Copérnico legó a la historia.

A la vuelta del tiempo
quién no se acuerda
de que suenan clamores
aún sin respuesta.

Que de Dios procedemos y que a su imagen
somos reflejos fieles, Darwin responde
que no hay numen divino de luz flamante
que nos haya esculpido desde la noche.

A la vuelta del tiempo
quién no se acuerda
de que suenan clamores
aún sin respuesta.

Y para azar aciago, Freud dice al hombre
que no sólo en los sueños la vida vence,
que su mástil dirige las emociones
y a su yugo de barro dobla y somete.

A la vuelta del tiempo
quién no se acuerda
de que suenan clamores
aún sin respuesta.

Siglo XX

Himno al Apóstol Santiago (Manuel Soler) 2:59

Un clamor fulgurante
inicia el movimiento
del siglo de los sueños,
de las gestas agraces.

Contra el arte va el arte,
fisión de tierra y fuego.
La araña del progreso
trenza sirgos glaciales.

Y una fuerza que abate
las planicies del cielo
augura sin misterios
la conquista del aire.

Cuando un milenio acaba,
otro empieza a brotar,
en la flor estragada
la luz vuelve a brillar.

Incierto es el futuro
en todos los espejos
donde duerme en silencio
la memoria del mundo.

¿Dónde fueron los frutos
y los hitos del tiempo?
Servidumbres e imperios
son historias de humo.

¿Renacerá en lo oscuro
otro nuevo universo?
Entre gloria e infierno
sólo media un segundo.

Cuando un milenio acaba,
otro comienza a andar,
a la orilla del agua
se extiende extenso el mar.